

# NEW LEFT REVIEW 131

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2021

## ARTÍCULOS

WOLFGANG STREECK	Elecciones alemanas	7
SUJATHA GIDIA Y ALAN HORN	Raza, casta, clase	19
MIKE WAYNE	Hojas de ruta para después de Corbyn	43
J. X. ZHANG	El barrito del elefante	77
FRANCO MORETTI	Una nueva intuición	97
ADRIAN GRAMA	¿Antídotos contra la alienación?	109

## CRÍTICA

TOM HAZELDINE	Transformatrix	132
RYAN RUBY	La privatización de los grandes relatos	142
RICHARD SEYMOUR	Modelos para la ralentización	158

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

**ts**  
d traficantes de sueños



MIKE WAYNE

# HOJAS DE RUTA PARA DESPUÉS DE CORBYN

*Partidos, clases, culturas políticas*

**P**ERMÍTASEME COMENZAR CON una fantasía política. Sospecho que fue compartida por innumerables personas durante los primeros meses de 2020 tras la sustitución de Corbyn por Keir Starmer como líder del Partido Laborista y la filtración de un informe interno que había evidenciado el grado en el que los funcionarios de este habían intentado sabotear el liderazgo del primero, lo cual dio lugar a la presentación de una denuncia por difamación por parte de estos últimos que el nuevo líder laborista se apresuró a zanjar pagando suculentas indemnizaciones a los mismos, aunque los abogados del partido habían aconsejado que este tenía las de ganar. La fantasía política consistía más o menos en lo siguiente. Corbyn, ahora un humilde parlamentario privado de mayores responsabilidades en la Cámara de los Comunes, toma la iniciativa y moviliza su considerable capital político para lograr que un puñado de parlamentarios de izquierda abandone el grupo parlamentario laborista y al hacerlo consigue superar de un plumazo las elevadas barreras que nuestro sistema mayoritario estricto impone a la creación de un nuevo partido político. Ante todo, tal ruptura constituiría un polo de atracción para un sector importante de los afiliados, que se habían unido al Partido Laborista atraídos por el liderazgo de Corbyn (digamos en torno a cien mil personas).

Durante este periodo existió la ventana de oportunidad para la creación de ese nuevo partido capaz de eclipsar a los maltrechos Liberal-Demócratas como tercer partido presente en Westminster dotado de representación en la totalidad del Reino Unido y ello tanto en número de parlamentarios –estos cuentan con once– como posiblemente en cuanto a

miembros inscritos. Este nuevo partido tendría la escala y, atraída por esta, obtendría una presencia en los medios de comunicación, o al menos en algunos de estos, que le granjearía la estima y la credibilidad no del *establishment*, sino del pueblo. El nuevo partido estaría en condiciones de cambiar los términos del debate, de alterar los parámetros de las discusiones políticas, al igual que el liderazgo de Corbyn logró hacer en determinado número de áreas en sus mejores momentos. En resumen, el nuevo partido se hallaría en condiciones de involucrarse en la correspondiente batalla por la hegemonía, esto es, por la dirección moral y política de la sociedad, algo que en general el Partido Laborista ha sido singularmente incapaz de comprender o considerar durante prácticamente la totalidad de su historia. Igualmente importante, la nueva formación política habría resuelto el problema psicológico que asedia a los grupúsculos de izquierda de atraer a la gente a un proyecto que parece condenado a permanecer situado en los márgenes del discurso público. La nueva organización habría estimulado casi con total certeza a los sindicatos más audaces, como Unite, dirigido entonces por Len McCluskey, para que comenzasen al menos a diversificar su cartera de financiación y a liberar recursos adicionales para contribuir a su crecimiento. El resultado podría haber sido electrizante en mi opinión.

Pero ello permaneció en el campo de la fantasía. Prevalció la inercia colectiva, la falta de iniciativa y de capacidad de acción independientes, la ausencia de liderazgo y la ineptitud a la hora de aprender las lecciones que la historia reciente pone ante nuestros ojos. Un velo se ha interpuesto sobre los hechos por aquellos que deberían tener el mayor de los intereses en examinar detenidamente lo que ha sucedido. Incluso la posterior suspensión de Corbyn del grupo parlamentario laborista en octubre de 2020 a tenor de las razones más espurias imaginables, hizo poco por perturbar sus hipótesis fundamentales<sup>1</sup>. «Quedaos y luchad» fue el grito del parlamentario laborista John McDonnell, exministro de Economía en la sombra, cuando muchos rompieron su carnet del

---

<sup>1</sup> Corbyn fue suspendido tras la publicación de los resultados de la investigación de la Equalities and Human Rights Commission sobre las alegaciones de antisemitismo en el Partido Laborista. Corbyn aceptó las conclusiones del informe, pero observó que la escala del problema había sido exagerada por los adversarios políticos y por los medios de comunicación. Por esta razón Corbyn fue suspendido para ser después reintegrado pero privado de toda capacidad de gestión en el grupo parlamentario. Existen abundantes pruebas de que un significativo porcentaje de la ciudadanía tenía una percepción muy distorsionada de las diversas investigaciones abiertas a miembros acusados de presunto antisemitismo. Véase Greg Philo *et al.*, *Bad News for Labour: Antisemitism, the Party and Public Belief*, Londres, 2019. Véase también Daniel Finn, «A Fabricated Crisis», *NLR-Sidecar*, 1 de febrero de 2021.

partido como muestra de su malestar. «Unámonos contra el enemigo real, los *tories*», gritó la izquierda, cuando exigió que la suspensión de Corbyn, ahora obligado a mendigar su readmisión a una cámara que no lo quiere, fuese rescindida.

No parece que hayamos aprendido gran cosa. El hecho de que la dirección de Starmer esté más preocupada por aplastar el ala izquierda de su propio partido que por combatir a los *tories* y los Liberal-Demócratas apenas merece discusión alguna. La analogía la brindan los nacionalistas escoceses, que ofrecen la dirección del partido a fervientes unionistas. Tras la experiencia de Corbyn, la izquierda inclina su cabeza y devuelve las llaves como muestra de aquiescencia ante el *statu quo*, imitando así la tradición de respeto hacia las instituciones del Estado británico característica del Partido Laborista y del propio laborismo<sup>2</sup>. Adscribirse al Partido Laborista o girar en su órbita garantiza la parálisis política. La izquierda no puede permitirse, sin embargo, la ausencia de debate sobre las lecciones estratégicas que deben ser aprendidas.

### *El aparato del partido*

La derrota de Corbyn no fue un desplazamiento del alternante péndulo del poder entre la derecha y la izquierda. El corbynismo no representó el comienzo de la revivificación del Partido Laborista como una fuerza progresista. Por el contrario, constituyó tanto el último intento de arrancar al partido de la trayectoria neoliberal seguida cada vez con mayor velocidad desde el ascenso de Blair a la dirección del mismo durante la década de 1990, como el experimento histórico definitivo destinado a contestar la pregunta crucial: ¿puede ganar la izquierda dentro del Partido Laborista? ¿Podría transformarse el partido en un vehículo de avance socialista tras haber elegido a su líder más situado a la izquierda desde George Lansbury a principios de la década de 1930? La respuesta a ambas cuestiones está clara en estos momentos y en mi opinión es, llanamente, un rotundo «no». Es improbable que se presente otra oportunidad, pero aunque lo hiciera, la misma debilidad fundamental hecha patente de modo tan prolijo y fatal durante el experimento de Corbyn reaparecería en ese nuevo eventual proyecto: la izquierda no puede luchar y ganar contra el *establishment* político y mediático, y todavía menos contra

---

<sup>2</sup> Véase Stuart Hall, *The Hard Road to Renewal* [1988], Londres y Nueva York, 2021, para una estupenda crítica tanto de la socialdemocracia de inspiración fabiana como del laborismo.

el poder concentrado del capital más allá de estos guardianes del orden social, si simultáneamente debe luchar contra la mayoría derechista de los escalones superiores de su propio partido.

Esa «derecha» –término que debemos abandonar sin contemplaciones para efectuar un análisis más atento a la heterogeneidad de las fuerzas en juego– presente en el seno del partido habita ahora el mismo universo ideológico que los conservadores (y que los liberal-demócratas) y se siente más cómoda con los *tories* en el gobierno que si lo estuviera el Partido Laborista dirigido por la izquierda del mismo. Blair articuló muy claramente los sentimientos colectivos de este durante la campaña por la dirección del partido de 2015, una vez que Corbyn inesperadamente se convirtió en el candidato favorito: «Permítaseme expresar mi posición con toda claridad: no desearía ganar con un programa de izquierda obsoleto. Aunque creyera que es la ruta que conduce a la victoria, no la seguiría»<sup>3</sup>. Y ello era igualmente cierto para buena parte del grupo parlamentario laborista. Así pues, el sabotaje electoral, consistente en organizar una vuelta al poder de la derecha tras la derrota de la línea preconizada por Blair, es la estrategia por definición que finalmente tendrá éxito contra una base del partido traumatizada. Y la predisposición a llevarla a cabo nunca cambiará, porque la ruptura con el pasado socialdemócrata forma parte de ella. La posición de mando de la derecha en el seno del aparato del Partido Laborista pone a su disposición todas las herramientas necesarias para organizar las correspondientes campañas de bloqueo y sabotaje.

Un líder como Corbyn nunca puede lanzar una conversación honesta sobre la historia pretérita del partido, la cual es realmente necesaria, o articular una crítica exhaustiva de las prácticas actuales del mismo, como por ejemplo, sobre el papel desempeñado por los consejos municipales controlados por el Partido Laborista en los procesos de austeridad y de gentrificación de las ciudades<sup>4</sup>. Un gobierno de izquierda, si eventualmente lograra tomar posesión de su cargo por una exigua mayoría, sería inmediatamente rehén de la derecha del Partido Laborista en cuanto a su programa legislativo. Por otro lado, los ataques del grupo parlamentario laborista contra la izquierda y sus campañas de difamación dirigidas contra la dirección del partido, magnificados ambos en todo momento por unos medios de comunicación

---

<sup>3</sup> Jon Stone, «Tony Blair Says He Wouldn't Want a Left-Wing Labour Party to Win an Election», *The Independent*, 22 de julio de 2015.

<sup>4</sup> Phil Hubbard, *The Battle for the High Street: Retail Gentrification, Class and Disgust*, Londres, 2017.

hostiles, tienen un peso mucho mayor ante la ciudadanía de lo que sería el caso si ellos provinieran de adversarios políticos formalmente ajenos al vehículo representado por el partido de izquierda. La «gran iglesia» del Partido Laborista y las llamadas a la unidad siempre se efectúan en los términos dictados por la derecha; la izquierda debe aceptar el predominio de esta, pero la misma lealtad al partido por encima de las facciones existentes nunca encuentra la misma reciprocidad en aquellos breves y realmente inestables momentos en los que la izquierda incrementa su fuerza. Algo tiene que ser entregado a cambio. Hasta ahora ha sido la columna vertebral de la izquierda del Partido Laborista.

## I. CULTURAS POLÍTICAS

Lo que convierte a Gramsci en un pensador tan inspirador es el modo en que logra integrar lo que él denomina el modo «molecular» de análisis en el marco del materialismo histórico. El propio Gramsci se refiere a este planteamiento en su discusión sobre la formación y el desarrollo de un determinado partido político<sup>5</sup>. Lo molecular se refiere aquí a los detalles empíricos de la formación del partido a partir de numerosas fuentes, pero también significa para Gramsci, como significaba el concepto de lo «concreto» para Marx, una metodología sensible a las relaciones históricas fundamentales que exigen un refinamiento conceptual. En consecuencia, Gramsci, como es bien sabido, disecciona y dota de «una considerable extensión» al concepto de intelectual en el contexto de la transformación histórica de las relaciones sociales imperantes en el capitalismo<sup>6</sup>. Igualmente, nosotros también debemos diseccionar qué significa la «derecha» en el seno del Partido Laborista, dado que este término constituye una fórmula condensada útil para el discurso político cotidiano, pero no supone la conceptualización precisa necesaria para comprender las contradicciones realmente presentes en el mismo. Necesitamos un modelo conceptual capaz de aportarnos determinadas orientaciones analíticas y estratégicas sobre las dinámicas y las fluctuaciones de la contestación política.

El Partido Laborista es una amalgama contradictoria de diferentes tradiciones políticas y, desde muchos puntos de vista una formación

---

<sup>5</sup> Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith eds. y trds., Londres, 1998, p. 194; ed. orig.: Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere* [1975], Valentino Gerratana ed., Turín, 2014; ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, 6 vols., Ciudad de México, 1999.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 10.

«mutante» de acuerdo con lo escrito por Perry Anderson<sup>7</sup>. Existe en su seno conservadurismo (por ejemplo, el Blue Labor), liberalismo económico, socioliberalismo (o liberalismo social), laborismo, socialdemocracia e incluso socialismo. Un partido político se define no por la propiedad exclusiva de determinadas filosofías políticas, que de hecho son compartidas con otras formaciones, sino por las proporciones y relaciones de estas culturas políticas presentes en el seno de sus estructuras y por la jerarquía de recursos de poder y prestigio que los agentes que se identifican con las mismas pueden movilizar. El socialismo obviamente es la cultura política más residual cuantitativamente hablando, así como en cuanto al poder y el prestigio detentados, presente en el seno del Partido Laborista; en la práctica, incluso quienes se autodescribirían como socialistas de acuerdo con sus creencias personales, optan, en lo que atañe a las políticas profesadas, esencialmente por propuestas socialdemócratas, lo cual es comprensible, dadas las cuatro décadas de derrotas acumuladas. Dada la sorpresiva elección de Corbyn en 2015 mediante la utilización del nuevo sistema electoral interno de una persona, un voto, y su posterior reelección en 2016 frente al candidato del grupo parlamentario laborista Owen Smith, podemos afirmar que los sentimientos socialdemócratas se hallan presentes en las bases del partido. Y dado el modo en que el grupo parlamentario laborista ha declarado objetivamente la guerra contra los miembros del Partido Laborista, optando por efectuar expulsiones aduciendo razones absurdas y por la suspensión de secciones del mismo, podemos concluir que la socialdemocracia interpela únicamente a una minoría de los parlamentarios laboristas. En junio de 2016, tras la celebración del referéndum del Brexit, ciento setenta y dos parlamentarios votaron a favor de una moción de censura contra Corbyn; tan solo cuarenta votaron en contra. Si tomamos como índice el liderazgo del partido por parte de Blair, entonces el liberalismo económico y el socioliberalismo constituyen las fuerzas políticas hegemónicas del grupo parlamentario laborista. El laborismo, demasiado decrépito intelectualmente como para afirmar uno u otro tipo de liderazgo autónomo, se halla sombríamente subordinado al nuevo discurso maestro del Partido Laborista, como lo está la vicepresidenta del partido Angela Rayner a Starmer o lo estuvo idénticamente John Prescott a Blair.

### *Ascenso del socioliberalismo*

El socioliberalismo es una filosofía variable históricamente. En el periodo más heroico de sus inicios durante el último cuarto del siglo XIX emergió como una ruptura con el liberalismo económico. Se trataba

---

<sup>7</sup> Perry Anderson, «Ukania perpetua», *NLR* 125, noviembre y diciembre de 2020, pp. 102-103.

del «nuevo liberalismo», auspiciado por filósofos como T. H. Green, D. G. Ritchie y L. T. Hobhouse, quienes emprendieron la tarea de rehabilitar al Estado en el pensamiento liberal como fuerza necesaria de coordinación sin la cual la buena sociedad, que antaño se pensaba que emergería naturalmente del mercado, no vería la luz<sup>8</sup>. Finalmente, el socioliberalismo confluyó en la alianza política de inspiración fabiana entre el liberalismo y el movimiento obrero y proporcionó buena parte de la artillería pesada para el compromiso socialdemócrata –keynesianismo, el Informe Beveridge de 1942–, que emergió paulatinamente durante las primeras décadas del siglo xx, incluso durante los mandatos de gobiernos conservadores, antes de ser institucionalizado como un nuevo bloque histórico después de 1945<sup>9</sup>.

Para Gramsci, un bloque histórico se halla definido por el compromiso establecido en el seno de la clase dominante que, de ser exitoso, se proyecta hacia el resto de grupos sociales para incluir a sectores lo suficientemente amplios de las clases subalternas de modo que ello garantiza una paz social efectiva. De ahí se desprende una situación de hegemonía, cuando esa paz social se halla gobernada más en virtud del consentimiento y la persuasión que por la coerción y la violencia<sup>10</sup>. Sin embargo, la fuerza de la ley siempre se halla presente tras esta paz social, eliminando de raíz el disenso antes de que pueda generalizarse, por ejemplo, arrestando a los cuadros dirigentes de la oposición que practica la acción directa, como ha sucedido en el caso del grupo activista británico UK Uncut<sup>11</sup>. En última instancia, la fuerza de la ley puede convertirse en la ley de la fuerza, pero cuanto más se

---

<sup>8</sup> Véase Mike Wayne, *England's Discontents: Political Cultures and National Identities*, Londres, 2018 para una discusión más exhaustiva de las «oscilaciones» del liberalismo durante los últimos dos siglos.

<sup>9</sup> Véase David Edgerton, *The Rise and Fall of the British Nation: A Twentieth Century History*, Londres, 2018.

<sup>10</sup> El consentimiento, sin embargo, no es lo mismo que la integración en el consenso de los valores, como sucede en la tradición sociológica parsoniana. Esta lectura de Gramsci es objeto de elaboración en el influyente libro de Nicholas Abercrombie, Stephen Hill y Bryan Turner, *The Dominant Ideology Thesis*, Londres, 1980. Aunque se trata de un libro fascinante y ambicioso, que efectúa una valiosa crítica de lo que el propio Gramsci denominó «ideologismo», su lectura de nuestro autor es fundamentalmente errónea, dado que lo incluye entre los representantes del consenso de los valores. El consentimiento ante el liderazgo de los intereses «universales» de la coalición de las clases dominantes es totalmente compatible con el valor significativo y el disenso cultural.

<sup>11</sup> Tim Street, «UK Uncut: Direct Action Against Austerity», en Nathan Manning (ed.), *Political (Dis)Engagement: The Changing Nature of the «Political»*, Bristol, 2017. Tras la ocupación de Fortnum and Mason en 2011, ciento treinta y ocho personas, «prácticamente la totalidad del grupo dirigente del movimiento», fueron acusadas de allanamiento de morada agravado: Mark Townsend, «UK Uncut Accuses Police of Politically Motivated Arrests», *The Observer*, 2 de abril de 2011.



generaliza y persiste esta situación, más se debilita la hegemonía del bloque histórico. El desmantelamiento de bloque histórico socialdemócrata iniciado por Thatcher en la década de 1980 fue uno de tales momentos, cuando la vieja hegemonía retrocedía, emergía un nuevo régimen y en el interregno la ley de la fuerza podía ser claramente, quizá demasiado claramente, percibida; y ello de modo no más obvio que durante la gestión contundentemente militarizada de la huelga de los mineros de 1984-1985.

Durante la década de 1990, sin embargo, el liberalismo económico tuvo que prescindir de la coerción bruta y comenzar a reproducirse mediante la concesión de un mayor papel al consentimiento a fin de asegurar su dominio. El socioliberalismo iba a convertirse en un recurso ideológico clave para ello, poniendo en escena una aproximación al liberalismo económico tras su desconexión de la socialdemocracia. Frente a esta transición, el blairismo tal vez no constituyó exactamente el vacío intelectual del cual le acusa Anderson en su reciente análisis panorámico de la larga crisis británica<sup>12</sup>. Comprendido como la encarnación del triunfo del liberalismo en el seno del Partido Laborista, el blairismo transformó las culturas políticas tanto de este como posteriormente del Partido Conservador en la medida en que este último intentó reconfigurarse bajo la dirección de Cameron en función del modelo del Nuevo Laborismo. Este hecho revirtió la pauta previa de influencia del thatcherismo sobre este último, pero lo hizo con la diferencia crucial de que el resurgimiento del liberalismo fue violentamente empujado a una rendición catastrófica en lo referido a la economía política. En el ámbito cultural general, como ha señalado Žižek, el multiculturalismo devino la lógica del capitalismo multinacional, formando parte el Nuevo Laborismo de esa tendencia internacional<sup>13</sup>. Los valores abiertamente reaccionarios de racismo, sexismo, homofobia y xenofobia ejemplificados por el thatcherismo y acoplados sorprendentemente con el capitalismo internacional iban a ser reemplazados oficialmente por los compromisos públicos con la diversidad y la igualdad de oportunidades a fin de neutralizar fuentes importantes de descontento presentes en el seno del liberalismo económico global.

### *Fracturas económicas*

Así pues, el liberalismo social o socioliberalismo ofrece al liberalismo económico un socio alternativo en la batalla por el poder político. En este punto, el adjetivo «social» presente en la locución liberalismo social

<sup>12</sup> P. Anderson, «Ukania perpetua», cit., pp. 87-89

<sup>13</sup> Slavoj Žižek, «Multiculturalism, or, the Cultural Logic of Multinational Capitalism», *NLR* 1/225, septiembre-octubre de 1997.

experimenta un cambio fundamental. Ya no se refiere al papel desempeñado por el Estado como factor correctivo de la tendencia del capitalismo a incrementar la estratificación social. Su función consiste en garantizar un campo de juego en el que sea posible competir en igualdad de condiciones, no imponer obligaciones sociales al capital. El adjetivo de la locución liberalismo social se convierte en una interpretación alternativa agradablemente optimista de las consecuencias de los mercados capitalistas. Concurren aquí en particular dos ópticas liberales, que definen el terreno político en los albores del nuevo siglo XXI. En primer lugar, la atomización de la comunidad y de la sociedad es asumida y, *contra* el conservadurismo, es comprendida como el desmantelamiento de las jerarquías y de las barreras que impiden la equidad y la movilidad social. El elemento de meritocracia movilizado por Thatcher y el thatcherismo entra en contradicción con sus inclinaciones culturales nacionalistas regresivas; pero en el liberalismo social, la meritocracia encuentra un campeón más creíble. Así, de acuerdo con el blairismo, la ideología de la meritocracia permea la totalidad del discurso político de las instituciones no solo en el ámbito político, sino también en la educación y en las industrias culturales<sup>14</sup>. Después de 2010, la alianza entre el ala socioliberal del Partido Conservador y los Liberal-Demócratas, presentes en el gobierno de coalición de Cameron-Clegg, marcó una inflexión político-partidista conjunta de predominio de liberalismo económico y social (ahora sin el Partido Laborista). En virtud de la austeridad, lo «social» se vinculó cada vez más con una combinación de meritocracia y caridad, que contaba con el concurso del voluntariado y del tercer sector para colmar las insuficiencias presentes en la provisión social. De ahí las innumerables fotos de parlamentarios conservadores sonriendo orgullosamente ante sus bancos de alimentos locales efectuadas para cultivar sus relaciones públicas.

En segundo lugar, y se trata de un terreno más difícil para su elaboración crítica por parte de la izquierda, la dimensión internacional del mercado capitalista fue celebrada por su cosmopolitismo. Por supuesto, Marx también reconoció el potencial progresista del impulso característico del capitalismo a la hora de quebrar la reclusión nacional, destruir las «idílicas relaciones feudales y patriarcales» y establecer el «carácter cosmopolita de la producción y del consumo en todos y cada uno de los países»<sup>15</sup>. Pero el liberalismo es unilateral en lo que respecta al lado

---

<sup>14</sup> Véase el análisis de Jo Littler, *Against Meritocracy: Culture, Power and Myths of Mobility*, Abingdon, 2018.

<sup>15</sup> Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, Harmondsworth, 1985, pp. 82-83; ed. cast.: *Manifiesto comunista*, Madrid, 2018.

progresista del capitalismo y en su nueva alianza con el liberalismo económico tiene poco que decir sobre el aspecto destructivo del desarrollo capitalista. El debate político crucial sobre esta cuestión giró sin duda en torno a la Unión Europea, que se convirtió, tras la traumática derrota del referéndum de 2016 sobre el Brexit, en la estructura de *governance* totémica de la razón misma para buena parte de la clase media liberal. El referéndum cristalizó tendencias caracterizadas por un largo proceso de incubación. «La pura magnitud de la fractura existente entre la clase media globalizada y la mayoría presa de la ansiedad», escribió Rob Ford poco antes del voto de 2016. Junto con Matthew Goodwin, Ford ha sido un cronista ambivalente de «los viejos votantes blancos, socialmente conservadores, de los barrios más económicamente desprotegidos, especialmente de los situados en los bastiones del Partido Laborista»<sup>16</sup>.

Un análisis más explícitamente situado a la izquierda de la emergencia de una «estructura de sentimiento»<sup>17</sup> de extrema derecha conducente a un conservadurismo de viejo estilo fue efectuado por Winlow, Hall y Treadwell en *The Rise of the Right*. Haciéndose eco del nacionalismo inglés, que constituía el objeto de su investigación etnográfica, estos autores llegaron a la conclusión de que existía un odio profundo del «centro» liberal:

El compromiso absurdo e inamovible que estos políticos mostraron ante categorías vagas como «apertura» y «diversidad» indicaba con toda claridad el grado de divorcio del mundo real en el que se hallaban instalados. El lenguaje de moda del multiculturalismo, así como las políticas y los compromisos políticos reales que lo sustentaban, marginaban a las propias comunidades que durante el siglo xx habían permitido que el país creciera, convirtiéndose en una fuerza genuina en la escena mundial. Los miembros de la clase obrera blanca eran ahora denigrados como bárbaros idiotas, desastrados y atávicos [...]»<sup>18</sup>.

Este fenómeno no es tampoco algo peculiarmente inglés o británico, ya que las fuerzas configuradoras de la política son transnacionales e internacionales. Christophe Guilluy detecta un clivaje similar y señala

---

<sup>16</sup> Rob Ford, «Older “left-behind” voters turned against a political class with values opposed to theirs», *The Guardian*, 25 de junio de 2016.

<sup>17</sup> El término fue acuñado por Raymond Williams y se refiere a los sentimientos, sensaciones y actitudes que pueden ser detectadas en las prácticas estéticas, pero que con frecuencia no son detectadas por el radar de las instituciones oficiales formales. Véase *Marxism and Literature*, Oxford, 1988, pp. 128-135; ed. cast.: *Marxismo y literatura*, Madrid, 2009.

<sup>18</sup> Simon Winlow, Steve Hall and James Treadwell, *The Rise of the Right: English Nationalism and the Transformation of Working-Class Politics*, Bristol, 2017, p. 113.

la necesidad de ir más allá de los términos del debate de los principales interlocutores conservadores-liberales presentes en Francia.

La sociedad francesa no se halla dividida entre partidarios ilustrados del progreso y sus toscos y miopes adversarios. La verdadera línea divisoria es la que corre entre quienes se hallan posicionados para ganar en la globalización o, al menos, disponen de los medios para protegerse contra el infortunio puntual, y quienes se hallan expuestos a perder por mor de la misma, que son impotentes para resistir su despiadado asalto<sup>19</sup>.

De ahí el genio del eslogan de la campaña pro Brexit de 2016: «Take Back Control». Ello podría haber sido contestado desde la izquierda en las elecciones de 2017 y 2019 con algo similar a la promesa de la convocatoria de una asamblea constituyente de acuerdo con el modelo exitoso seguido en Venezuela y Bolivia, de modo que supusiera un paso en favor de una genuina soberanía popular, de una genuina recuperación del control. Tal visión habría requerido, sin embargo, una estrategia contrahegemónica más exhaustiva que la que podía manejar la izquierda presente en el seno del Partido Laborista. La cuestión de la inmigración, vinculada sin duda al cosmopolitismo, planteaba un problema singular para la izquierda, dado su compromiso histórico con el internacionalismo proletario y el apoyo concedido a quienes huyen de la pobreza, el terrorismo de Estado y la guerra. Aunque Corbyn intentó redefinir la cuestión proponiendo moderar la propensión mostrada por las empresas a utilizar a los migrantes como un medio para adquirir trabajo barato, se trató de un discurso minoritario y, desde luego, no apoyado por la mayoría de los parlamentarios laboristas para quienes la idea de restringir la libertad de la propiedad privada a la hora de comprar mano de obra al mejor precio ofrecido por el mercado resultaba francamente indeseable.

## 2. UN MODELO CONCEPTUAL

Si optamos por un mayor nivel de abstracción para capturar esta situación de modo más esquemático, podemos comprender la reciente historia política de acuerdo con un modelo construido en torno a las dinámicas de competición, alianzas, contradicciones y potencialmente fisuras. Los principales actores son el liberalismo económico, el conservadurismo y el socioliberalismo, todos ellos atravesando de hecho las diversas entidades político-partidistas. Como muestra la figura 1,

---

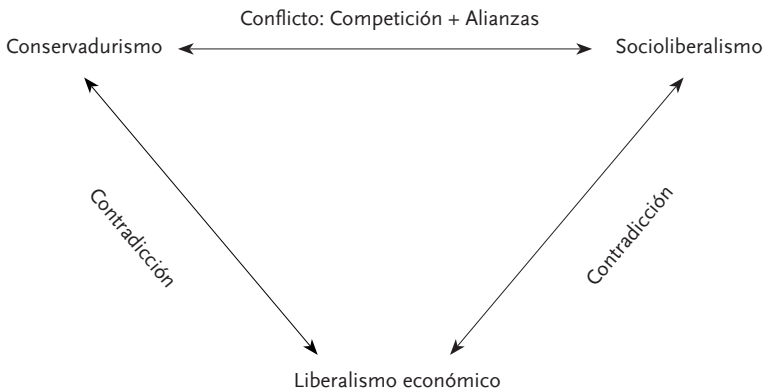
<sup>19</sup> Christophe Guilluy, *Twilight of the Elites*, New Haven (CT), 2019, p. 10.

los vectores de competencia y alianza estructuran la relación existente entre el conservadurismo y el liberalismo, cuando ambos se enfrentan por la dirección del político-moral del liberalismo económico. Aunque compiten electoralmente mediante sus entidades-partido, son aliados en su apoyo compartido al liberalismo económico. El conservadurismo y el socioliberalismo han de comprenderse fundamentalmente como culturas políticas y como política cultural o como agentes estatales y de la sociedad civil. El liberalismo económico implica esencialmente la dinámica de mercado capitalista, aderezada con obligaciones sociales mínimas. Pero el conservadurismo y el liberalismo, en el contexto del Reino Unido, representan interpretaciones diferenciales de los marcos institucionales en el seno de los cuales se verifica la compraventa de mercancías. El liberalismo económico no versa simplemente en torno al desencadenamiento del mercado, sino sobre su embridamiento bajo el «imperio de la ley»<sup>20</sup>. Si las diferencias existentes entre el liberalismo blairita y el conservadurismo thacherita fueron en el ámbito económico fundamentalmente tácticas, las diferencias detectables sobre las cuestiones relativas a las estructuras de *governance* internacional y su relación con el Estado-nación han crecido hasta convertirse en estratégicas.

---

FIGURA I: *Conflicto, alianza y modelo de contradicción*

---




---

<sup>20</sup> Este razonamiento es elaborado en la historia del pensamiento neoliberal acometida por Quinn Slobodian, *Globalists: The End of Empire and the Birth of Neoliberalism*, Cambridge (MA), 2018.

Esas diferencias son teóricamente explicables, si clasificamos la relación existente entre las culturas políticas y el liberalismo económico en términos de contradicciones, lo cual significa que el liberalismo económico tiene el potencial de negar las preferencias moral-culturales y políticas de las respectivas culturas políticas. Tales negaciones retroalimentan a su vez las dinámicas de competencia-alianza e introducen el potencial de crear fisuras y fracturas en las mencionadas alianzas. La competencia comienza a desplazarse más allá del consenso hasta ahora vigente sobre las políticas implementadas. La relación del Reino Unido con la Unión Europea es el ejemplo contemporáneo preeminente.

Los lectores pueden detectar el modelo base-superestructura en funcionamiento aquí, pero este esquema se alinea, sin embargo, con la priorización de la política por parte de Gramsci y, podemos añadir, el significado de la cultura. «Puede excluirse –escribe Gramsci en su crítica del economicismo– que las crisis económicas inmediatas produzcan por sí mismas acontecimientos históricos fundamentales»<sup>21</sup>. Así, la crisis financiera de 2008 interactuó y fue mediada por las culturas políticas en juego en el seno del bloque histórico, incluida la nostalgia popular residual por la democracia social, con independencia de cómo se hallaran representados esos sentimientos por los principales partidos políticos o el grado de desorganización que presentara su expresión.

Aunque el socioliberalismo ha promovido el liberalismo económico desde la década de 1990, este genera consecuencias que amenazan con liquidar el universo moral-cultural de aquel. La tendencia hacia el monopolio concentra poder de modos que el liberalismo, si es fiel a sus propias cábalas autorreflexivas, encuentra problemáticas; la tendencia hacia el desarrollo desigual contradice las pretensiones liberales de generar mejores condiciones para los pobres del planeta; la tendencia hacia un comportamiento orientado por la captura de rentas bajo la forma de su extracción de la tierra, el crédito, las patentes, etcétera ofende al credo del liberalismo, que postula que el núcleo del sistema capitalista radica en el cambio tecnológico progresivo y dinámico; la tendencia a utilizar el poder del Estado autoritario y optar por una vigilancia cada vez mayor

---

<sup>21</sup> A. Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, cit., p. 184. Si el objeto de mi atención radica sobre las dinámicas presentes en el seno de la clase dominante en vez de en las dinámicas existentes entre las clases dominantes y las clases subalternas, es porque las iniciativas populares activas independientemente de las tres principales culturas políticas se hallan en gran medida ausentes, excepto por reflejos esporádicos como el apoyo de los afiliados del Partido Laborista a(l) Corbyn(ismo).

ofende la protección ofrecida por el liberalismo de los derechos individuales, mientras que la tendencia hacia la destrucción de la seguridad material generada por el liberalismo económico amenaza con producir un nacionalismo regresivo, que erosiona el cosmopolitismo liberal.

### *Compensaciones conservadoras*

Aunque el conservadurismo también promueve el liberalismo económico, se enfrenta igualmente a contradicciones. Las instituciones predilectas del conservadurismo en las cuales la «sabiduría de los tiempos» es preservada se ven amenazadas por la sed revolucionaria de cambio del capitalismo. La mercantilización del cuerpo propugnada por el liberalismo económico erosiona los fundamentos cristianos del conservadurismo; su atomización de las relaciones sociales socava las unidades menores de pertenencia social, como la familia y la comunidad, que el conservadurismo favorece; y su internacionalismo en perpetuo proceso de expansión amenaza los fundamentos simbólicos y económicos del imaginario nacional, que el conservadurismo ha hecho propios. Al igual que sucede con el liberalismo, la intensificación de la desigualdad económica amenaza los valores y las instituciones conservadoras. En el caso presente, el Estado británico supranacional se halla en peligro de fractura cuando sus naciones subalternas y sus entidades estatales (particularmente Escocia e Irlanda del Norte) postulan la independencia como un medio o un fin que resolverá estas contradicciones.

Los estrechos vínculos existentes entre la política cultural y las culturas políticas significan que estas últimas pueden pasar de ser «estructuras de sentimiento» operativas en la sociedad civil a convertirse en resultados vigorosamente organizados, como sucedió con el Brexit. Existen, sin embargo, importantes diferencias en el modo en que esto interactúa con el conservadurismo y con el liberalismo, que derivan a su vez de sus diferentes relaciones con el liberalismo económico. La relación existente entre la «base» económica y la «superestructura» (tanto el Estado como la sociedad civil) en el caso del conservadurismo es profundamente contradictoria en vez de isomórfica; esto es exactamente, sin embargo, lo que le dota de su flexibilidad creativa y su energía cultural. Al estar en contradicción con dinámicas primordiales del capitalismo, el conservadurismo es movilizado con gran ahínco como una cultura *compensatoria*. Funciona habitualmente mediante los mecanismos freudianos del desplazamiento y la condensación. Por el contrario, el liberalismo presenta en el seno del discurso político y cultural una extensión isomórfica al

menos de la vida fenoménica del capitalismo: racionalismo, intercambio igual, el individuo como átomo monádico, las relaciones contractuales, la competencia, la existencia de cadenas de valor internacionalmente extendidas, etcétera. Sin embargo, es precisamente esta adecuación entre la vida superficial del capitalismo y la cultura política liberal lo que propicia que el liberalismo sea menos capaz de ofrecer compensación emocional por los resultados negativos de aquel. Ello otorga una ligera ventaja al conservadurismo en tiempos anómalos. No obstante, las contradicciones pueden ser habilitadoras o despotenciadoras para ambas culturas políticas en su competencia recíproca, dependiendo de qué uso ellas y sus adversarias puedan hacer de las mismas. El modelo debe ser capaz, por lo tanto, de enfrentarse con la complejidad, con el cambio dinámico, con las contradicciones estructurales y con la agencia.

El liberalismo, por ejemplo, utiliza las tendencias internacionalistas del capitalismo para desempeñar un papel de relieve en el desarrollo de instituciones y culturas cosmopolitas. La amenaza planteada por la Unión Europea en lo referido a la creación de nuevos vínculos de identidad e identificación que eluden el imaginario y las instituciones nacionales, en las que el conservadurismo siempre ha sido fuerte y el liberalismo relativamente débil, se articula precisamente porque el primero dispone de los medios y las razones para reaccionar con furia ante tales esfuerzos. La marca conservadora del *thatcherismo* resurgido fue la que demostró hallarse mejor situada para amalgamar los distintos descontentos provocados por el liberalismo económico y, mediante las artes políticas del desplazamiento, encontrar el camino de vuelta de los años de marginación y aislamiento transcurridos entre 1997 y 2010. Dada la rapidez con la que el proyecto socioliberal de Cameron-Clegg se topó con las dificultades derivadas de la dura austeridad socioliberal, el intento renovado de combinar una economía abierta al capitalismo internacional (pero desacoplada de la Unión Europea) con una cultura política afín al nacionalismo ha adquirido cada vez mayor ventaja como opción política y ganado en capacidad de propulsión después del referéndum de 2016. Sus representantes político-partidistas fueron el UKIP y lo que posteriormente se convirtió en el ala del Partido Conservador representada por el *European Research Group*, que trabajaron conjuntamente en una alianza tácita.

Si el supranacionalismo del capitalismo refuta y contradice las apelaciones a la soberanía nacional y la homogeneidad cultural, resulta realmente sencillo caracterizar las inseguridades que genera como responsabilidad de



la «burocracia» de la Unión Europea, las elites metropolitanas y el trabajo migrante mediante los correspondientes procesos discursivos de desplazamiento y condensación, que Nigel Farage (UKIP) dominaba con total maestría. El liberalismo no puede de hecho competir con el discurso del nacionalismo cuando la situación es realmente complicada, porque realmente dispone de pocos activos para construir apelaciones tangibles al lugar y al pueblo, a la historia mitológica o a los baluartes institucionales del Estado británico en los que el conservadurismo ha invertido rentablemente tanto poder. Por ejemplo, en su larga lucha moral contra la Unión Europea, el conservadurismo enraizó los descontentos de una generación más vieja de votantes recurriendo a la movilización y la reelaboración de su versión del imaginario nacional creado en torno a la Segunda Guerra Mundial en el que la Unión Europea constituiría el enemigo exterior y los alemanes intentarían de nuevo derrotar a Gran Bretaña, esta vez mediante instituciones de choque y sin disparar un tiro<sup>22</sup>.

### 3. CLASES Y PARTIDOS

Las fisuras entre los antiguos socios de un bloque histórico se manifiestan con toda su intensidad, produciendo crisis entre las filosofías políticas, los partidos en las que estas se distribuyen y las clases sociales. De acuerdo con Gramsci, la política, comprendida históricamente, es la orquestación organizada de la superestructura con la «estructura» (las clases sociales). Cuando existe un desacuerdo significativo entre las clases dirigentes en cuanto al contenido de sus intereses colectivos, el bloque experimenta convulsiones y las «clases sociales comienzan a desacoplarse de sus partidos tradicionales»<sup>23</sup>. En términos generales, hemos visto cómo se producía este desacoplamiento en Escocia donde la clase obrera rompió con el Partido Laborista y se vinculó al Scottish National Party (SNP) a principios de la década de 2000 en lo referido al gobierno regional y, posteriormente, en las elecciones de 2015, cuando el segundo se hizo con cuarenta de los cuarenta y un escaños escoceses del primero, en el Parlamento de Westminster. En este caso, el principal factor subyacente de este proceso fue el desprecio mostrado por el Nuevo Laborismo ante las aspiraciones socialdemócratas de la clase obrera escocesa, las cuales parecía que el SNP se hallaba mejor situado para satisfacer.

<sup>22</sup> Véase Fintan O'Toole, *Heroic Failure: Brexit and the Politics of Pain*, Londres, 2019, para un vivaz retrato popular de esta «guerra de posiciones».

<sup>23</sup> A. Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, cit., pp. 137, 210.

En Inglaterra, sin embargo, las lealtades de la clase obrera se hallaban mucho más expuestas a ser objeto de disputa entre partidos y culturas políticas. En líneas generales, el cambio se orientó hacia la derecha, hacia el conservadurismo, encarnado por el UKIP y posteriormente por un Partido Conservador impregnado por este último en el curso de las elecciones de 2019. Entretanto, en las elecciones de 2017, hubo un momento en el que el Partido Laborista de Corbyn pareció dominar la situación y ofrecer una perspectiva socialdemócrata más radical que el SNP, que estaba girando cada vez más hacia el socioliberalismo. Pero las contracorrientes del Brexit generadas en Inglaterra y la reciente ruptura con el Nuevo Laborismo en Escocia demostraron ser una barrera demasiado alta como para ser superada.

### *Luchas electorales*

Las elecciones ofrecen una foto fija de la lucha por la hegemonía librada entre las culturas políticas, así como de la batalla de los partidos por conseguir el liderazgo de las mismas, todo ello aderezado con sus particulares combinaciones de todas ellas. La distinción es importante. ¿Triunfarían el UKIP o los conservadores como el vehículo político partidista del conservadurismo nacionalista después de 2010? ¿Triunfarían el Partido Laborista, el SNP o los Liberal-Demócratas como el vehículo político partidista del liberalismo o, alternativamente, podría redefinirse el primero de estos partidos bajo la dirección de Corbyn como el artífice de una vuelta a la socialdemocracia?

En las elecciones al Parlamento Europeo de 2014, el UKIP obtuvo la victoria obteniendo el 27 por 100 de los votos, el Partido Laborista quedó en segunda posición cosechando el 25 por 100 de los mismos, mientras el Partido Conservador ocupó la tercera posición, haciéndose con el 23 por 100 de los sufragios. La popularidad electoral del UKIP había crecido después de que la austeridad se convirtiera en la respuesta política a la crisis global de 2008 tras la llegada del gobierno de coalición de conservadores y liberal-demócratas en 2010<sup>24</sup>. Así, el conservadurismo liberal y el socioliberalismo –el gobierno de coalición– sembraron sin duda las semillas de su propia derrota sobre la cuestión de Europa. En las elecciones generales de 2015, el UKIP capturó 4 millones de votos, rozando el 13 por 100 y eclipsando así a los Liberales-Demócratas como

---

<sup>24</sup> Robert Ford y Matthew Goodwin, *The Revolt on the Right: Explaining Support for the Radical Right in Britain*, Londres, 2014, pp. 163-165.

tercera fuerza política. Sin embargo, el sistema mayoritario estricto vigente significó que el UKIP no consiguió ni un solo escaño parlamentario. Obtuvo, no obstante, un enorme incremento de su base electoral entre la clase obrera, obteniendo apoyos «en toda Inglaterra, especialmente en su costa oriental más desfavorecida financieramente, en Kent, Essex, Norfolk, Lincolnshire y Yorkshire, así como en el nordeste del país, donde su cuota media de voto (17 por 100) fue la más elevada de las que obtuvo en todo el país»<sup>25</sup>.

Sin embargo, la barrera elevada a la representación del nuevo partido en el Parlamento significó que los votos que el UKIP estaba ahora recogiendo tanto de los conservadores como de los laboristas podían en realidad ser recanalizados, si las preocupaciones que movilizaban a los votantes de más edad, blancos, financieramente vulnerables y educativamente empobrecidos podían ser reconciliadas con las agendas generales de ambos partidos. De los dos, el Partido Conservador era el que mejor posicionado se encontraba para hacerlo, ya que contaba en su seno con el euroescéptico European Research Group, constituido en un grupo de presión de alto nivel cada vez más poderoso. El Partido Laborista, por el contrario, contaba con un grupo parlamentario y con una parte de sus inscritos fundamentalmente orientados hacia la Unión Europea, sentimiento que iba a ser brutalmente explotado como la cuestión divisiva crucial por los adversarios de Corbyn dentro y fuera del partido. En 2017, la promesa de Corbyn de respetar el resultado del referéndum del Brexit abrió la posibilidad de que un programa socialdemócrata renovado encontrara audiencia. El Partido Laborista obtuvo 12,8 millones de votos, esto es, el 40 por 100 del total, frente a los conservadores que obtuvieron 13,6 millones de votos equivalentes al 42 por 100 del mismo. Los dos principales partidos comprimieron los votos del UKIP hasta poco menos de los 600.000. El 45 por 100 de los votantes del UKIP en las elecciones generales de 2015 votó por los conservadores y tan solo el 11 por 100 lo hizo por los laboristas<sup>26</sup>.

En 2017 los conservadores experimentaron una pérdida neta de trece escaños, mientras que los laboristas obtuvieron una ganancia neta de treinta. El Partido Laborista se aseguró un porcentaje de voto similar

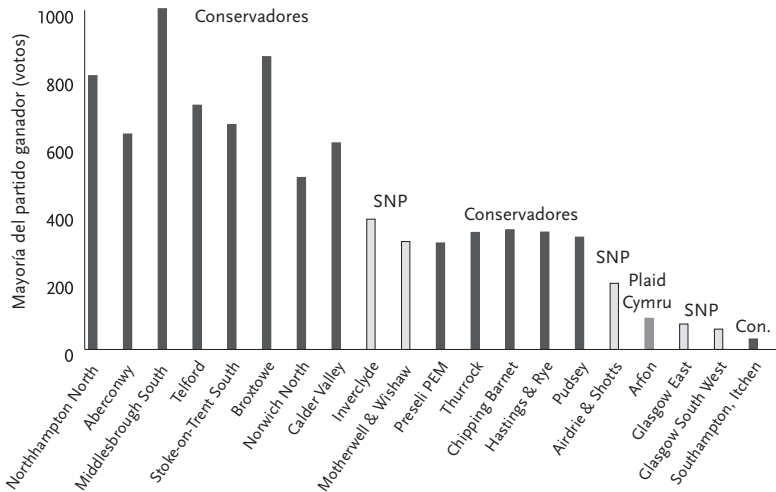
---

<sup>25</sup> Matthew Goodwin, «UKIP, the 2015 General Election and Britain's EU Referendum», *Political Insight*, vol. 6, núm. 3, 2015, p. 14.

<sup>26</sup> Chris Curtis y Matthew Smith, «How Did 2015 Voters Cast Their Ballot at the 2017 General Election?», YouGov, 22 de junio de 2017, pp. 2-3.

al obtenido por Blair en 2001 y un desplazamiento electoral del 10 por 100, comparable al obtenido por este en el arrollador triunfo de 1997. Por supuesto, como se apresuró a señalar la derecha del partido, aunque el Partido Laborista se comportó mejor de lo esperado, mucho mejor en realidad, no ganó los suficientes escaños como para hacerse con el poder. El «Labour Road Map», un informe elaborado por un grupo totalmente anónimo de «activistas laboristas» partidarios de reafirmar una «visión pragmática del laborismo que atraiga y persuada a la ciudadanía», concluía que estos eran «resultados carentes de éxito» a la hora de ganar escaños parlamentarios. Por el contrario, el porcentaje de voto indicaba niveles cada vez mayores de apoyo entre el electorado ya fiel al Partido Laborista, especialmente en las ciudades y en centros urbanos universitarios, pero no un consenso lo suficientemente amplio como para arrollar a las mayorías conservadoras<sup>27</sup>.

FIGURA 2: Escala de la pérdida sufrida por el Partido Laborista en los escaños marginales, 2017.



Fuente: «2017 General Election Results», UK Parliament

Como atenuación de esta constatación, conviene indicar que la línea entre el triunfo y el segundo lugar fue con frecuencia extremadamente tenue. Si excluimos a Irlanda del Norte, hubo cuarenta y ocho distritos

<sup>27</sup> «Labour Road Map», *Labour List*, 10 de julio de 2017.

electorales en los que la mayoría vencedora en 2017 se alzó con la victoria por menos de mil votos. De estos, el Partido Laborista obtuvo la segunda posición en veintiún distritos, perdiendo Southampton, Itchen por tan solo treinta votos (figura 2). Si la totalidad de esos veintiún distritos hubieran cambiado de manos, los conservadores habrían obtenido trescientos tres escaños y los laboristas doscientos ochenta y tres. El número total de votos en juego en el conjunto de estos veintiún escaños fue de 8.584. En unas elecciones donde votaron más de veintiséis millones de electores, se trata de una cifra insignificante. El asunto esencial al respecto es no jugar con resultados políticos fantasiosos, sino recordar que el manifiesto electoral laborista de 2017, *For the Many, not the Few* [<https://bit.ly/3FwUbCs>], era popular, creíble y constituía, seguramente en un sentido no compartido por el grupo que redactó el mencionado «Labour Road Map», una «visión pragmática del Partido Laborista [que] persuadía a la ciudadanía».

Otro atenuante es que el liderazgo de Corbyn trabajó en un contexto en el que había heredado (más que causado) la tendencia negativa a largo plazo del desalineamiento de clase protagonizado por el Nuevo Laborismo (incluida la catastrófica pérdida de Escocia). Si comparamos las tres elecciones generales de 2015, 2017 y 2019, constatamos que Corbyn logró especialmente mantener a raya esas tendencias en 2017, pero una vez combinadas con el Brexit estas se precipitaron en 2019 por muchas razones (figura 3). En 2015 los conservadores superaron muy holgadamente (41 frente al 29 por 100) a los laboristas (dirigidos por Edward Miliband) en el grupo social C1 (trabajadores encargados de tareas de supervisión, gestión, administración o de carácter profesional de nivel medio o bajo), empatando en el grupo C2 (trabajadores manuales especializados). Los grupos D y E todavía votaron sustancialmente por el Partido Laborista (41 frente al 27 por 100). En 2017, los conservadores incrementaron marginalmente su representación en el grupo C1, mientras los laboristas aumentaban su porcentaje de voto en el mismo un 11 por 100, lo cual representa una mejora significativa. Sin embargo, los conservadores incrementaron el 13 por 100 su control sobre el voto del grupo C2 entre 2015 y 2017, lo cual constituía una señal de advertencia de que el Partido Laborista podría estar a punto de experimentar cambios significativos y de que la estrategia de Theresa May de hacerse con el control del voto de la clase trabajadora partidaria del Brexit estaba empezando a funcionar. Lo que la detuvo parcialmente fue que el Partido Laborista también incrementó un 9 por 100 su cuota en

el grupo C2. Por supuesto, estas categorías sociales habituales del Reino Unido («ABCDE») diseñadas en la década de 1960 para uso de la industria publicitaria no están exentas de problemas, incluso consideradas en sus propios términos. En particular, parece razonable afirmar que la categoría C2 se está fragmentando entre aquellos localizados en el creciente sector servicios de las ciudades y los centros urbanos universitarios y quienes se hallan empleados en los antiguos núcleos industriales formados por ciudades y núcleos urbanos pequeños situados en el norte del país<sup>28</sup>.

En 2017, los conservadores estaban consiguiendo buenos resultados entre los miembros del grupo D, si bien los laboristas lograron mantener su ventaja. Pero de nuevo había signos evidentes de que los primeros hacían progresos entre los agrupamientos de clase que tradicionalmente habían sido baluartes laboristas. Lo que estaba sucediendo en Bolsover, un antiguo distrito minero e históricamente uno de los escaños más seguros del Partido Laborista, era esclarecedor. Los votos recibidos por el parlamentario de la izquierda laborista Dennis Skinner habían caído casi un tercio entre 1997 y 2015, pasando de 35.000 a 22.452. En 2005 Skinner había obtenido el 65 por 100 de los votos. Después llegó el Brexit, que introdujo más presión sobre las mencionadas tendencias a largo plazo. En 2017 la mayoría de Skinner se redujo de nuevo. Se trataba de otra clara señal de advertencia de que los antiguos bastiones de las pequeñas ciudades del norte del país se preparaban para protagonizar un cambio histórico. Todo lo que hacía falta era que se produjera un cambio en torno a un asunto cargado simbólicamente para que el cambio cuantitativo se convirtiera en uno cualitativo.

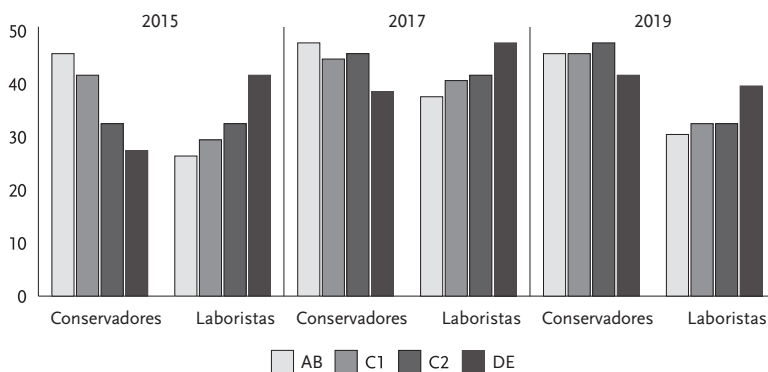
Finalmente, en 2019 los conservadores obtuvieron el 45 por 100 de los votos del grupo C1, el 47 por 100 de los del grupo C2 e incrementaron hasta el 41 por 100 los obtenidos en los grupos DE, mientras, respectivamente, los laboristas se desplomaban al 32 por 100 en los dos primeros casos y al 39 por 100 en el tercero. El cambio de posición del Partido

---

<sup>28</sup> Will Jennings y Gerry Stoker, «Tilting Towards the Cosmopolitan Axis? Political Change in England and the 2017 General Election», *Political Quarterly*, vol. 88, núm. 3, julio-septiembre de 2017, pp. 365-366. [La clasificación «ABCDE» es la siguiente: A: directivos, responsables administrativos y profesionales de alto nivel. B: directivos, responsables administrativos y profesionales de nivel medio. C1: trabajadores encargados de tareas de supervisión, gestión, administración o profesionales de nivel medio o bajo. C2: trabajadores manuales especializados. D: trabajadores manuales semiespecializados y no especializados. E: trabajadores precarios y de nivel inferior, pensionistas y otros sujetos dependientes del Estado para la obtención de su renta].

Laborista respecto al Brexit, prometiendo ahora convocar un segundo referéndum sobre un acuerdo con la Unión Europea, ya no se hallaba en condiciones de resistir la arremetida en pos de un conservadurismo nacionalista como solución hegemónica al problema del resultado arrojado por el referéndum de 2016. De los cincuenta y cuatro escaños que el Partido Laborista cedió a los conservadores en 2019, cincuenta y dos se disputaban en distritos que habían votado por el abandono de la Unión Europea en 2016, incluido el del propio Skinner<sup>29</sup>.

FIGURA 3: Composición de clase de las preferencias de voto en las tres elecciones generales



Fuente: House of Commons Briefing Paper, CBP 7186 y CBP 7979 e IPSOS MORI, diciembre de 2019.

Al Brexit debemos añadir el hecho de que el disputado pero no suficientemente buen resultado de 2017 horrorizó a los adversarios de Corbyn presentes dentro y fuera del Partido Laborista. Las pruebas aportadas por las filtraciones de un dossier sobre el hiperfaccionalismo de la derecha indicaban que la campaña de 2017 del Partido Laborista no contó con la ayuda de los cuadros superiores del aparato central del mismo, que trabajó en pro de la derrota con la esperanza de que ello provocaría la caída de Corbyn. De acuerdo con el dossier, los cuadros superiores del aparato central del Partido Laborista se lamentaban en WhatsApp ante la evidencia del buen comportamiento del partido durante el periodo previo a las elecciones y se mostraban consternados ante el eventual resultado final. Como informó *The Independent*:

<sup>29</sup> Ell Smith, «It was Brexit, not Left-Wing Policies, that Lost Labour this Election», *The Guardian*, 21 diciembre de 2019.

Un archivo de los chats de la noche electoral muestra que cuarenta y cinco minutos después de que las encuestas a pie de urna revelaran que el Partido Laborista había superado a la mayoría conservadora, un alto funcionario de este afirmó que el resultado era lo «opuesto de lo que me he esforzado por conseguir durante los últimos años», describiéndose a sí mismo y a sus aliados como «taciturnos y cariacontecidos, además de necesitados de consejo»<sup>30</sup>.

Resulta evidente que estas corrientes políticas presentes en el Partido Laborista desean enterrar la memoria de las elecciones generales de 2017 y toda prueba que ponga en evidencia que existe apoyo popular en pro de una agenda socialdemócrata de izquierda.

#### 4. LAS CONTRADICCIONES DEL PARTIDO LABORISTA

Retrospectivamente, cuando los miembros del Partido Laborista desafiaron (en dos ocasiones) el juicio de su grupo parlamentario y escogieron a Corbyn como su líder, ello constituyó, como observa Anderson, «un vendaval de entusiasmo, no circunscrito a la juventud, atraído por la mera novedad y no en realidad impulsado por la convicción»<sup>31</sup>. Si profundizamos un poco más en esta valoración desafortunadamente correcta, podemos afirmar que aunque los miembros del partido parecieron brevemente dispuestos a romper con el liberalismo económico, a la postre se mostraron totalmente presos de la hegemonía del socioliberalismo, como quedó demostrado de modo arquetípico respecto a la cuestión de la Unión Europea. Aunque esos afiliados llevaron camisetas en las que podía leerse «Love Corbyn, Hate Brexit», psicológica y políticamente, se alejaban de Corbyn en búsqueda de «horizontes de estilos de vida»<sup>32</sup>. Como advirtió en *The Guardian* Michael Chessum, activista de Momentum y organizador nacional del grupo de presión Another Europe is Possible, partidario de la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea: «El Partido Laborista no puede confiar en desmoralizar a sus bases optando por implementar una política considerada por estas como una afrenta a sus valores y, después, empezar a hablar sin solución de continuidad sobre la financiación de la escuela pública»<sup>33</sup>.

---

<sup>30</sup> Jon Stone, «Anti-Corbyn Labour Officials Worked to Lose General Election to Oust Leader, Leaked Dossier Finds», *The Independent*, 13 de abril de 2020.

<sup>31</sup> P. Anderson, «Ukania perpetua», cit., pp. 107-108

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 101-102

<sup>33</sup> Michael Chessum, «If Corbyn Helps the Tories Deliver Brexit, it Will Be a Disaster for Labour», *The Guardian*, 9 de abril de 2019.



El mayor triunfo electoral del liderazgo de Corbyn, la destrucción de la mayoría conservadora legada por Cameron a May en 2017, fue también, como demostraría la astucia de la historia, la razón de su caída. Su triunfo envalentonó la campaña partidaria de la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea, que había estado prácticamente muerta ante su nula perspectiva de bloquear el Brexit en el Parlamento. La edición de la conferencia del partido de 2017 fue testigo del lanzamiento de la Labour Campaign for the Single Market, respaldada por parlamentarios del ala derecha del Partido Laborista abiertamente contrarios a Corbyn, como Chris Leslie, Chuka Umunna y Stella Creasy, la cual concitó un amplio apoyo. La conferencia de 2018 fue inundada con ciento cincuenta mociones sobre el Brexit, ochenta y cuatro de ellas específicamente lanzadas para que recibieran el voto popular. Estas mociones se inspiraron en una plétora de organizaciones: Another Europe is Possible; Love Socialism, Hate Brexit; Labour for a Socialist Europe y Open Labour.

En la víspera de la conferencia de 2018, una encuesta de YouGov atestiguó altos niveles de apoyo para un segundo referéndum sobre el Brexit entre los miembros de los sindicatos: el 56, el 59 y el 66 por 100 de los miembros de GMB, Unite y Unison respectivamente se mostraban partidarios del mismo. En parte, ello puede reflejar el cambio en pro de una militancia más cualificada empleada en el sector público y activa en el seno de un movimiento sindical como el británico, sustancialmente redimensionado a la baja a día de hoy, que representa al 24 por 100 de los empleados tras haber cubierto al 53 por 100 en 1979. Las tasas de sindicalización son mayores entre los empleados en tareas de dirección y supervisión, entre los perceptores de ingresos medios en vez de bajos y entre quienes poseen un título universitario en comparación con quienes no cuentan con ninguna credencial educativa. Y aunque los trabajadores del sector público constituyen tan solo el 18 por 100 de la fuerza de trabajo británica, representan el 64 por 100 de los miembros de los sindicatos<sup>34</sup>. YouGov también constató que el 86 por 100 de los miembros del Partido Laborista querían un segundo referéndum y que tan solo el 8 por 100 se oponía al mismo<sup>35</sup>, lo cual puede explicarse parcialmente por el hecho de que los miembros del Partido Laborista han pasado a pertenecer, desde la experiencia del Nuevo Laborismo, cada vez

---

<sup>34</sup> Peter Kellner, «Why YouGov poll shows support for a people's Brexit vote is solid», *The Guardian*, 8 de septiembre de 2018. BEIS, «Trade Union Membership, UK 1995-2020: Statistical Bulletin», 27 de mayo de 2021.

<sup>35</sup> Jim Packard, «Poll Shows 86 per cent of Labour Members Want a New Brexit Vote», *Financial Times*, 22 de septiembre de 2018.

más a la clase media, circunstancia que ofrece menos oportunidades a sus miembros de entrar en contacto con opiniones situadas en el exterior de su burbuja de clase. Un estudio de 2002 evidenció que la demografía socioeconómica del Partido Laborista había cambiado a lo largo de la década de 1990, constatándose el crecimiento de los «asalariados», cuya proporción había pasado del 50 al 67 por 100, así como la disminución de los miembros pertenecientes a la clase obrera, cuya cuota había caído del 25 al 14 por 100<sup>36</sup>. De acuerdo con un estudio, en el momento en que Corbyn se hace con el liderazgo del Partido Laborista el 77 por 100 de sus miembros pertenecía a las categorías ABC1 habitualmente utilizadas en el Reino Unido para la identificación de la clase social<sup>37</sup>. El impulso en pro de un segundo referéndum alimentó una fisura cada vez mayor en términos de cultura de clase entre los miembros del Partido Laborista e importantes segmentos de la clase trabajadora constitutivos de su base electoral, para la cual un principio democrático importante (el respeto del resultado del referéndum) se hallaba ahora entrettejido con cuestiones existenciales de identidad (la nación soberana).

Para los miembros del Partido Laborista, sin embargo, una posición de identidad-política enfrentada se estaba conformando al hilo de un diálogo de sordos. En este caso, un principio democrático importante (el debate informado) se entrelazaba ahora con cuestiones existenciales de identidad (Gran Bretaña como parte de una entidad política europea socioliberal). Observando a los jóvenes corear el nombre de Corbyn en el Festival de Glastonbury dos semanas después de las elecciones de junio de 2017, los cuadros dirigentes del socioliberalismo podrían haber percibido la oportunidad de utilizar la Unión Europea como la cuestión divisiva fundamental. Aunque los partidarios de Corbyn estaban abiertos a los sentimientos de las políticas que ofrecían una ruta de vuelta a la socialdemocracia (ahora anatema para el socioliberalismo), también se hallaban alineados con —esto es, bajo la hegemonía de— valores culturales mucho más próximos al liberalismo del cual la Unión Europea parecía ser el símbolo individual más importante. En este sentido, los vínculos existentes entre los cuadros dirigentes del socioliberalismo e importantes sectores de los medios de comunicación resultaron cruciales a la hora de configurar las percepciones públicas generales del liderazgo de Corbyn.

---

<sup>36</sup> Patrick Seyd y Paul Whiteley, *New Labour Grassroots: The Transformation of the Labour Party Membership*, Basingstoke, 2002, p. 37.

<sup>37</sup> Tim Bale, Paul Webb y Monica Poletti, «Grassroots: Britain's Party Members—Who They Are, What They Think and What They Do», Mile End Institute, Queen Mary University of London, enero de 2018, p. 7.

*Clavar la cuña*

Gramsci había percibido que los periódicos nacionales –él cita *The Times* en Inglaterra y el *Corriere della Sera* en Italia– pueden desempeñar funciones de liderazgo importantes, incluso sobre los partidos políticos, actuando como un «alto mando intelectual» alternativo<sup>38</sup>. Al evaluar el papel desempeñado por *The Guardian* como alto mando intelectual para debilitar el liderazgo de Corbyn podríamos comenzar señalando la rapidez con la que el periódico sentó los términos para proceder posteriormente a demonizar al hombre y su política. Tres días después de que Corbyn ganara la dirección del partido en 2015, Rafael Behr, uno de los principales editorialistas de *The Guardian*, escribió un artículo describiendo el corbynismo como «una especie de faragismo de izquierda» (la derecha y la izquierda como imágenes especulares una de la otra) en el que además consideraba a Corbyn como una persona no competente en las lides de la política profesional (una línea argumentativa que sería explotada *ad nauseam*) y un representante del «desprecio por el Parlamento», tropo que permitió al liberalismo revivir sus peores días de la Guerra Fría. El resultado era «malo para todos los políticos moderados», se afirmó. Ya en esta primera etapa *The Guardian* había identificado tres marcos que iban a dominar su cobertura informativa sobre Corbyn<sup>39</sup>.

En ese momento muchos de los comentarios sobre el artículo escritos por los lectores *on line* de *The Guardian* fueron críticos con la opinión de Behr. La distancia en ciernes entre la línea editorial del periódico y sectores de sus lectores quizá reflejaba la existente entre el grupo parlamentario laborista y los miembros del partido. Había, sin embargo, un punto de ataque confeccionado por Behr, un cuarto marco, que recibió menos atención en los comentarios sobre su artículo, presumiblemente a causa de su potencial para convertirse en una cuestión divisiva crucial. Se trataba de su argumento en torno al «obvio desdén [por parte de Corbyn] respecto al proyecto europeo al que este considera como el vehículo de los intereses corporativos y de la economía de la austeridad». Este marco –más tarde elaborado como la deshonestidad de Corbyn, el deseo secreto del Brexit, el tozudo rechazo a la hora de respaldar la *obvia* necesidad del «voto del pueblo», etcétera– combinado y apoyado por el resto de marcos de discusión, que ya estaban sobre la mesa tres días

<sup>38</sup> A. Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, cit., pp. 148-149.

<sup>39</sup> Rafael Behr, «This Faragism of the Left will Leave Behind a Loathing of all Politics», *The Guardian*, 15 de septiembre de 2015.

después de que Corbyn hubiera asumido su cargo, proporcionó la muni-  
ción para el asalto continuado contra su liderazgo. *The Guardian* está  
especializado en mostrar su malestar ante el estado del mundo, pero  
cuando se presentó una línea política que pretendía abordar algunos de  
estos desmanes aunque fuera tan solo modestamente, como sucedió con  
Corbyn, su respuesta consistió en lanzar una campaña de propaganda  
infame contra él para asegurarse que esa línea jamás se hiciera realidad.

El Brexit constituyó una cuestión doblemente divisiva, el objeto que ali-  
mentó sin cesar a los oponentes de Corbyn y contribuyó a forzar la disputa  
entre los valores culturales de los partidarios de Corbyn y su respaldo ini-  
cial a un programa económico que rompía con el liberalismo económico.  
Creó también una fisura fatal entre los miembros del partido y su más  
amplia base electoral en los distritos del norte del país. Otra cuestión  
relacionada que limitaba la cultura política de los miembros del partido  
era su papel estructural en el seno del mismo, consistente en un papel  
subalterno que estos habían internalizado profundamente. Cuando el  
grupo parlamentario laborista declaró la guerra a los miembros del par-  
tido, estos no respondieron con la misma moneda. El sarcasmo de Behr  
sobre el supuesto «desprecio» de Corbyn por el Parlamento, institución  
en la que ha pasado la mayor parte de su vida activa, puede haber sido  
provocado en parte por la esperanza de que el Partido Laborista se con-  
virtiera en realidad en un movimiento social bajo su liderazgo<sup>40</sup>. Corbyn  
representa una corriente del pensamiento de izquierda que ha criticado  
(lo cual no equivale a desprecio alguno) la concentración exclusiva en la  
actividad parlamentaria por la elemental buena razón de que tal concen-  
tración liga la política al bloque histórico. Como observó Stuart Hall, el  
Partido Laborista es excepcionalmente bueno en no lograr conectar con  
los «sentimientos populares», lo cual se halla íntimamente vinculado  
con su fetichización del parlamentarismo en detrimento de cualquier  
otro espacio o práctica política situados fuera del «molde parlamen-  
tario». Toda práctica política que no emane o sea dirigida a la Cámara de  
los Comunes «produce entre sus dirigentes los traumas más profundos  
y los poemas más rancios de alabanza del parlamentarismo»<sup>41</sup>.

Escribiendo poco después de las elecciones generales de 2017, Hilary  
Wainwright vinculó la perspectiva de un gobierno presidido por Corbyn  
con un tema que ha recorrido durante mucho tiempo su trabajo, esto

---

<sup>40</sup> *Ibid.*

<sup>41</sup> S. Hall, *The Hard Road to Renewal*, cit., p. 207.

es, con la necesidad de mitigar la venganza hostil de las estructuras del poder establecido con el «poder como capacidad transformadora»<sup>42</sup>. Estos argumentos se hallan bien probados en la izquierda, pero debe haber resultado alarmante para los grupos hegemónicos socioliberales observar al líder del Partido Laborista reflexionar concienzudamente sobre la importancia del poder popular como antagonista del Estado y el capital. En lugar de consagrar la división entre el poder político y la reproducción material, división que lleva a toda política a aceptar el control monopolista de enormes activos productivos, esta toma de posición amenazaba con iniciar la consideración de la dimensión económica del poder político, así como la dimensión política del poder económico, lo cual constituye el primer paso hacia una estrategia realista de transformación social<sup>43</sup>. De ahí el desprecio dirigido contra las aspiraciones de Corbyn, los gritos de que él no era serio cuando hablaba de ganar las elecciones, que no era «profesional», que amenazaba con convertir al Partido Laborista en un movimiento de protesta de los desarraigados.

Curiosamente, tanto Blair como Brown intentaron revitalizar durante la década de 1990 las bases locales del partido, dado que el torpor de la vieja tradición laborista burocrática había reducido gradualmente el número de afiliados. Pero el modelo de actividad comunitaria que ambos tenían en mente se asemejaba más a la participación cívica educada para una membresía de clase media recientemente incrementada que al compromiso con las luchas de la clase obrera. A mediados de la década de 1990 el número de afiliados al partido comienza a crecer, dado el aumento del disgusto ante la corrupción política y moral del Partido Conservador. Los miembros del partido pasan de 270.000 inscritos en 1993 a 400.000 en 1997 para después declinar rápidamente a 200.000 en 2009, cuando era evidente que Blair y Brown habían completado la revolución liberal de las políticas del Partido Laborista<sup>44</sup>. En 2015 los inscritos al partido eran menos de 200.000 antes de que el ascenso de Corbyn casi triplicara esa cifra llevando el número de miembros a su pico de 575.000 registrado en julio de 2017<sup>45</sup>.

---

<sup>42</sup> Hilary Wainwright, «New Model Activism: Putting Labour in Office and the People in Power», *Red Pepper*, 22 de septiembre de 2017.

<sup>43</sup> István Mészáros, *The Necessity of Social Control*, Nueva York, 2015, p. 189.

<sup>44</sup> Hugh Pemberton y Mark Wickham-Jones, «Labour's Lost Grassroots: The Rise and Fall of Party Membership», *British Politics*, vol. 8, 2013, pp. 7-8.

<sup>45</sup> Lukas Audickas, Noel Dempsey y Philip Loft, «Membership of UK Political Parties», House of Commons Briefing Paper no. SN05125, 9 de agosto de 2019, pp. 10-11.

La desconexión necesaria entre la pertenencia al partido y el activismo produce una contradicción para el modelo dominante, a saber, el declive de su número de afiliados y de su vitalidad. Sin embargo, se trata de un precio que debe pagarse a tenor de la observancia de lo que podemos denominar el modelo «Primer Minister's Questions». Las justas semanales libradas entre el primer ministro y el líder de la oposición son vitales para quienes viven en el interior de la burbuja de Westminster, aunque para la inmensa mayoría de los ciudadanos sean absolutamente irrelevantes. Pero la importancia de estas puede ser tomada como un símbolo del dominio del grupo parlamentario laborista sobre los miembros del Partido, el cual es evidente si pensamos en la facilidad con la que los parlamentarios laboristas han rechazado la reelección obligatoria de los nuevos candidatos por parte de los afiliados, aun cuando esta podía ser activada por los miembros del partido<sup>46</sup>. Aunque Momentum trajo consigo una bienvenida base de apoyo para el liderazgo de Corbyn e ideas de campaña innovadoras sobre el uso de las redes sociales<sup>47</sup>, sus posiciones políticas sobre cuestiones clave como Europa o la campaña de difamación en torno al antisemitismo fueron débiles, ingenuas y no sustentadas ni por un análisis lo suficientemente preciso ni por una verdadera cultura política

## 5. SENTIMIENTOS DE CLASE

En febrero de 2020, justo dos meses después de la demoledora derrota de Corbyn, me encontraba en el Soho Theatre viendo el espectáculo de Chris McGlade, un comediante y activista político de Redcar, Teeside. McGlade estaba él mismo disfrutando cuando demolía las premisas metropolitanas liberales con su crítica no racista y no sexista de la corrección política. McGlade es también un «antiglobalista», con toda seguridad un discurso político ambiguo como se pone en evidencia por el hecho de que en las elecciones generales de 2019 declaró sin tapujos que había votado por primera vez a los conservadores. No estaba solo: los electores de Redcar acababan de elegir a un candidato conservador. McGlade constituye un ejemplo de lo que Gramsci denominaba intelectual orgánico, alguien que se halla en estrecha relación cotidiana con las necesidades de un grupo social y que puede articular esas necesidades y esos intereses de una forma

---

<sup>46</sup> Eric Shaw, «Mandatory Reselection: Lessons from Labour's Past», *The Constitution Unit Blog*, 8 de noviembre de 2018.

<sup>47</sup> Véase Sarah Pickard, «Momentum and the Movementist "Corbynistas"», en Sarah Pickard y Judith Bessant (eds.), *Young People Re-Generating Politics in Times of Crises*, Londres, 2018.

persuasiva y atractiva en un lenguaje que es ampliamente comprendido: alguien que puede organizar las opiniones y las percepciones, pero habitualmente también la acción y el comportamiento<sup>48</sup>.

La opción electoral efectuada en 2019 por McGlade y el resto de las 18.810 personas que votaron por los conservadores en el distrito electoral de Redcar, junto con la totalidad de su actuación esa noche en el Soho Theatre, con su crítica consciente del liberalismo autosatisfecho, resulta tremendamente ilustrativa de la creciente distancia que separa al Partido Laborista, al movimiento obrero y en general a la izquierda británica de la clase trabajadora. Cuando sectores importantes de esta se pusieron en movimiento, como en 2019, entonces todas las inteligentes campañas en las redes sociales lanzadas por Momentum encallaron. La crisis y la tragedia de la izquierda se hallan aquí representadas en un microcosmos, cuando un militante «antiglobalización» inteligente y articulado expresa la predisposición colectiva a votar por el partido de los directivos de *hedge funds* y otros órganos del capital financiero, tal y como demuestran los casos de los dos últimos ministros de Economía británicos, ambos antiguos altos dirigentes de Deutsche Bank y de Goldman Sachs respectivamente.

Un comediante puede ser un intelectual orgánico, pero en un partido político se funden intelectuales de distintos tipos y de diversos estratos en pro de una acción eficaz a largo plazo<sup>49</sup>. La fisura existente entre la clase obrera y la clase media es evidente en el predominio de esta última en el Partido Laborista y entre los parlamentarios del mismo. El porcentaje de parlamentarios laboristas cuyo origen se halla vinculado al trabajo manual era de un tercio en 1951, siendo en la actualidad inferior al 10 por 100<sup>50</sup>. Las tendencias que impulsan esta transformación son múltiples y poderosas, tanto que resulta imposible revertirlas por una organización que no se dedique por completo a tal tarea. No puede lograrse por una minoría presente en el seno de una organización en otro caso satisfecha de seguir la corriente o incluso por una mayoría carente del poder sobre los impenetrables aparatos del partido. Resulta evidente que los límites de las ambiciones del Partido Laborista a este respecto consistirán en ofrecer a la clase obrera alguna versión laborista del conservadurismo, entendiendo por ello un programa económico

---

<sup>48</sup> Mike Wayne y Deirdre O'Neill, «On Intellectuals», en Mike Wayne y Deirdre O'Neill (eds.), *Considering Class: Theory, Culture and the Media in the 21st Century*, Leiden, 2018.

<sup>49</sup> A. Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, cit., p. 15.

<sup>50</sup> Gavin Thompson *et al.*, «Olympic Britain: Social and Economic Changes Since the 1908 and 1948 London Games», House of Commons Library, 26 de julio de 2012, p. 146.

mínimo, concebido para ayudar a determinados sectores del capital (como el transporte o la vivienda) y respaldado por una plétora de compensaciones político-culturales (fuerte en áreas como la defensa, la ley y el orden, la inmigración, etcétera), que son ineficaces a la hora de abordar las raíces de los problemas subyacentes, pero que pueden servir para mantener a este segmento de la clase obrera pasivo y aquiescente.

Si un partido logra reconectar a la clase media con los intelectuales orgánicos de la clase obrera, ello supone que ha logrado embrionariamente y contra todas las dificultades realizar la tarea que debe efectuarse de modo generalizado a escala de la sociedad civil y del Estado. Ello no puede realizarse sin efectuar un ajuste de cuentas con el liberalismo neoliberal, algo que el Partido Laborista no puede comenzar a materializar. Y sin tal reconexión no puede haber progreso político. La izquierda continuará cayendo bajo el liderazgo político y moral del liberalismo, mientras sectores importantes de la clase obrera serán ulteriormente atraídos a la órbita política y cultural del conservadurismo. McGlade estaba lleno de sentimientos y de conciencia de clase en el Soho Theatre, lo cual constituye un ejemplo de que el disenso en los valores no es incompatible con la predisposición a delegar el liderazgo político al grupo de la clase dominante votando por los conservadores. A no ser que la izquierda pueda comprometerse e intervenir, no será capaz de transformar tales sentimientos de clase en una concepción alternativa de lo nacional-popular. Tal compromiso sería una experiencia de aprendizaje para todos los implicados. Entre las enormes barreras que han de ser superadas para reparar el desgarramiento producido en las solidaridades se cuenta el profundo resentimiento de clase y la intensa sospecha que ahora siente la clase obrera respecto de la «izquierda» de clase media, cuyas prioridades parecen cada día más alejadas de los mundos de vida de aquella.

### *¿Una nueva socialdemocracia?*

En febrero de 2019, el vicesecretario del Partido Laborista, Tom Watson, que se afanaba en erosionar el liderazgo de Corbyn en todo momento, anunció que se disponía a constituir un grupo de parlamentarios no directamente implicados en el gobierno o sin especiales responsabilidades en el partido dedicado a la «socialdemocracia» a fin de incrementar el atractivo de este. No puede dejar de admirarse la desvergüenza. La iniciativa formaba parte del marco discursivo que caracterizaba el liderazgo de Corbyn como «extremo», situado al margen de las tradiciones progresistas del



campo político predominante. La realidad es que la mayoría del grupo parlamentario laborista ha abandonado la socialdemocracia y que el programa de Corbyn era un modesto intento de revivir esa tradición política. Es el «centro», como célebremente escribió Tariq Ali, el que es extremo<sup>51</sup>. Si por socialdemocracia entendemos la redistribución de la riqueza de los ricos al resto de la sociedad mediante una tributación elevada, que se traduce en la provisión de servicios sociales y el sostenimiento del Estado del bienestar, entonces ni el grupo parlamentario laborista ni ninguno de los diversos apologetas de la «Tercera Vía» son socialdemócratas en sentido alguno, sino productos híbridos de un conservadurismo y un liberalismo realineados<sup>52</sup>. Si por socialdemocracia entendemos la imposición de obligaciones significativas sobre el capital y el control de su poder internacional, entonces el bloque de poder presente en el Partido Laborista nunca lo permitirá. Si entendemos que se trata de incrementar de modo renovado el poder del movimiento obrero organizado mediante la derogación de algunas de las leyes sindicales más restrictivas vigentes en el mundo occidental, entonces, de nuevo, la socialdemocracia tiene pocos defensores en el Palacio de Westminster. Si entendemos por socialdemocracia la revitalización de los servicios públicos mediante la recuperación de su titularidad pública objeto de privatización (el agua, el alcantarillado, la electricidad, el suministro de gas, etcétera), así como la eliminación de su mercantilización y de la presencia de los contratistas de las grandes corporaciones en su financiación pública, entonces estamos manejando una concepción demasiado amplia de socialdemocracia y un cambio de demasiado calado histórico como para que el Estado británico (o en realidad la Unión Europea) lo admita como un proyecto legítimo.

*For the Many, not the Few*, el manifiesto electoral del Partido Laborista de 2017, era modesto cuando lo comparamos con algunos de estos objetivos socialdemócratas. Un banco de inversión para financiar infraestructuras públicas, una idea tomada prestada de tales bastiones del socialismo revolucionario como Alemania y los países nórdicos; la «convergencia» de los salarios de los altos directivos y de los trabajadores menos retribuidos hacia una horquilla de 20:1; un impuesto de sociedades incrementado, pero todavía entre los más reducidos de los vigentes en las principales economías de los países desarrollados; el conveniente aislamiento de la City; la multiplicación por dos del sector cooperativo, alineándolo con el

<sup>51</sup> Tariq Ali, *The Extreme Centre: A Second Warning*, Londres y Nueva York, 2018.

<sup>52</sup> Como ejemplo de las ambiciones menguadas de las discusiones sobre la Tercera Vía, véase Sarah Hale, Will Leggett y Luke Martell (eds.), *The Third Way and Beyond: Criticism, Futures, Alternatives*, Manchester, 2004.

país de la libre empresa del otro lado del Atlántico; la energía, el agua y los ferrocarriles recuperados para la titularidad pública; un compromiso con las energías renovables y con la energía nuclear; la abolición de las tasas universitarias y la reintroducción de las becas de manutención; un modesto fortalecimiento de los derechos de los sindicatos; un programa muy moderado de construcción de viviendas por los municipios y las asociaciones para la promoción de vivienda social (100.000 por año *hasta que concluya la legislatura*); aprobar determinados nuevos derechos de los arrendatarios, que de ningún modo se asemejan a una guerra contra la clase de los arrendadores, etcétera. Modesta como era esta oferta de políticas públicas, lo que suscitaba temor en el bloque dominante no era ninguna de estas medidas o incluso la implementación de todas ellas, sino en realidad el cambio de dirección que indicaría una victoria de Corbyn, el ímpetu que podría desencadenar y el espectro de un exceso de demandas democráticas clamorosas, que podría reavivarse a expensas del poder y de la riqueza de los grupos dominantes<sup>53</sup>.

La relación de la izquierda con la socialdemocracia también tiene que ser repensada. Esta tiende a asociar el término socialdemocracia con la osificación experimentada tras la Segunda Guerra Mundial, caracterizándola como un mastodonte de movimientos lentos capaz de asfixiar la «modernidad industrial» de acuerdo con Tom Nairn, que se aproxima en ocasiones peligrosamente al liberalismo económico en *The Break-Up of Britain*<sup>54</sup>, mientras que para la izquierda revolucionaria era sinónimo de compromiso de clase. Tras cuarenta años de derrota, la pureza de la teoría revolucionaria desacoplada de la práctica de masas resulta un placer extraño. La izquierda no puede permitirse en realidad ser tan desdeñosa con una cultura política que ha tenido que ser quebrada por el capital, que *debe* carecer de representación por parte de los partidos políticos predominantes; que expresa sentimientos con los que pueden identificarse millones de personas; una cultura política no representada e irrepresentable por el bloque dominante (incluido el Partido Laborista).

La izquierda no debe recordar las abolladas instituciones de la socialdemocracia objeto de descontento durante las décadas de 1960 y 1970, sino el hecho de que esta surgió del conflicto y de las violentas disputas provocadas por la guerra, la revolución, la contrarrevolución y la catástrofe económica acaecidas en Europa entre 1914 y 1945. La socialdemocracia

---

<sup>53</sup> Alison Ayers y Alfredo Saad-Filho, «Democracy Against Neoliberalism: Paradoxes, Limitations, Transcendence», *Critical Sociology*, vol. 41, núms. 4-5, 2015.

<sup>54</sup> Tom Nairn, *The Break-Up of Britain: Crisis and Neo-nationalism* [1977], Londres y Nueva York, 2021, p. 51.

no nació en tiempos de paz. Resulta evidente hoy, en la era posterior a Corbyn, que hará falta una revolución para obtener algo de socialdemocracia, esto es: movilización de masas, polarización y un significativo crecimiento en la conciencia de clase. Esto no estuvo a disposición de Corbyn. Hubo entusiasmo desde luego, hubo muchedumbres, hubo cantos que entonaron su nombre, pero se trató de un espectáculo que no tenía a dónde ir y el Partido Laborista fue incapaz de explorar o comprometerse con ese sentimiento de mayores dimensiones. Momentum se orientó hacia el interior del partido, defendiendo el liderazgo de Corbyn, como probablemente tenía que hacer en una organización cuyas facciones dominantes trabajaban veinticuatro horas al día y siete días a la semana en urdir maniobras contra él. De nuevo, el coste de habitar una organización con visiones diametralmente opuestas significa parálisis.

El tipo de poder popular, entendido como capacidad transformadora, que sería necesario para romper con las instituciones existentes de la democracia capitalista de modo que ello permitiera el inicio de la realización del cambio, sugiere que estamos tratando en este caso con la paradoja de una forma revolucionaria y un contenido socialdemócrata. Pero durante un periodo de tiempo ello podría ser necesario y constituir una contradicción habilitadora. Abriría avenidas cruciales de experiencia histórica en términos de participación, agencia, resolución de problemas, experimentación, democratización, construcción de solidaridad, etcétera. Constituiría una experiencia histórica que en algún momento plantearía las viejas cuestiones pero que, sin la experiencia histórica misma, únicamente puede antojarse abstracta y doctrinaria; esto es, si la forma revolucionaria debe adaptarse al contenido socialdemócrata o si el contenido socialdemócrata debe expandirse para adecuarse a la forma revolucionaria. Al evaluar este dilema, la gente debería ponderar los riesgos conocidos de desafiar seriamente al poder y la riqueza de una clase sociópata extremadamente violenta o bien permanecer dentro del modo de producción existente, aceptando los riesgos asociados en forma de crisis económicas, guerra y catástrofe ecológica. Ahora, echemos un vistazo a los máximos responsables del Partido Laborista y la grotesca corte que les sigue y preguntémosnos si saldrá de sus labios tan solo una palabra de verdad sobre los peligros a los que nos enfrentamos, o si se moverá un solo músculo de su cuerpo colectivo en la dirección de abordar estos. Tras la experiencia de Corbyn la izquierda presente en el Partido Laborista debe intentar algo nuevo, algo diferente; algo intelectual y políticamente situado más allá del Partido Laborista.